

Déjame soñarte

Laura Merlo

Déjame soñarte

Laura Merlo



Capítulo 1

Comenzaba a caer la noche sobre Sandgate. Sentada en las escaleras de madera del Monday contemplaba una de las mejores vistas del anochecer que ofrece la ciudad desde la bahía. Es mi momento preferido del día, cuando después de una jornada de casi doce horas encuentro un momento para pasar solo conmigo. Extraje un Smokky de vainilla del bolso y comencé a saborear su vapor al mismo tiempo que reflexionaba sobre mi vida.

Mañana cumpliré veinticinco años, de los cuales veinte los he pasado en este pequeño pueblo del sur de Inglaterra, trabajando desde que tengo edad para ello en el negocio familiar. El Monday es una humilde taberna cerca del muelle, en la que los habitantes de Sandgate pasan horas y horas hablando, riendo, comiendo y bebiendo. Su situación es privilegiada y las vistas magníficas, cualidades que han permitido que el negocio funcione satisfactoriamente desde que mi tía lo abrió al poco de establecernos aquí. Es una suerte vivir en uno de esos lugares que todavía conserva el encanto de siglos pasados, donde la tecnología no ha terminado con las relaciones sociales y la naturaleza sigue mostrando su cara más amable.

—¡Hola vieja! —la voz de mi hermano logró sacarme rápidamente de mi letargo. Le sonreí mientras tomaba asiento a mi lado.

—¿Qué tal enano? —dije mientras situaba mi mano sobre su regazo— ¿ya eres libre?

—Como el viento —contestó divertido—. Esta noche hemos quedado en la playa para despedir oficialmente el verano, ¿te apuntas?

—Claro, será divertido.

Ryan se marchó tan rápido como llegó, después de darme un cariñoso beso en la mejilla y mostrarme su perfecta sonrisa. Amo a mi hermano por encima de todas las cosas, él es la única familia que tengo junto a mi tía Julia. La hermana mayor de mi padre nos adoptó cuando mi madre murió en aquel trágico accidente y mi padre no quiso saber nada más de nosotros. Ryan tenía a penas seis meses y yo acababa de cumplir cinco años, así que tengo vagos recuerdos de mis padres, lo único que conservo de ellos es el collar que llevo al cuello desde pequeña y que simboliza la V de nuestro apellido. Lo acaricié con mis dedos y suspiré añorando a mi madre. Siempre que se acerca mi cumpleaños me acuerdo de ese poco tiempo que pasamos juntas y la echo especialmente de menos.

Me levanté, absorbiendo una última vez el vapor de mi Smokky, y tras

guardarlo en el bolso me dirigí al interior del local a recoger mis cosas.

La playa estaba bastante concurrida esa noche. Son muchas las personas que dedican este treinta y uno de agosto a despedir el verano en la orilla del mar. A pesar de los años, la tradición de pasar las vacaciones en el pueblo y luego volver a la ciudad sigue manteniéndose, y doy gracias por ello. En invierno Sandgate se queda tan desangelado...

A lo lejos divisé a mi hermano encendiendo una hoguera junto a su chica y el grupo de amigos con el que solemos reunirnos. Entre ellos se encuentra Samuel Betancourt, mi mejor amigo. Prácticamente nos hemos criado juntos. Sam es hijo de una familia de pescadores franceses asentada en el pueblo desde hace generaciones. Cuando éramos niños acostumbrábamos a jugar en el jardín de mi casa durante horas, compartiendo aventuras y confidencias. Ryan estaba convencido de que está enamorado de mí y aunque siempre se lo niego rotundamente, en el fondo creo que tiene razón.

Llegué hasta el grupo y me acomodé junto a Sam en la parte de toalla que me ofreció. Le dediqué un gesto cómplice y me devolvió una encantadora sonrisa. A su lado tomó asiento mi hermano y junto a él su preciosa novia María. No tienen una relación sencilla. Ella es española, dos años mayor que él, y trabaja como profesora en un colegio de Madrid. Se conocieron hace dos veranos cuando vino a hacer un curso de inglés al pueblo y desde entonces pasan todo el tiempo que tienen libre juntos. María viene cada vez que tiene vacaciones y Ryan hace lo propio.

No había visto antes a mi hermano tan enamorado de nadie y eso que, a pesar de su corta edad, nunca le han faltado las mujeres. A veces envidio el modo en que se miran, diciéndoselo todo sin palabras. Es un amor de esos que te calan hasta los huesos y del que no podrías huir ni aunque quisieras. María llegó a nuestras vidas como un ángel caído del cielo y, en cierta manera, salvó a Ryan del abismo por el que estaba cayendo.

Aún recuerdo la cantidad de veces que tanto mi tía como yo intentamos interceder en su vida. Ryan había comenzado a juntarse con un grupo de chicos del pueblo vecino con muy malos hábitos. Introdujeron a mi hermano en una espiral de drogas y fiestas eternas que convirtieron sus diecisiete años en la peor etapa de su adolescencia. Tras unos meses en un centro de desintoxicación, Ryan regresó a casa y comenzó a trabajar en el Monday, donde conoció a María. La fuerza de sus sentimientos, junto a la madurez y paciencia de la española, lograron tirar de mi hermano y enderezar su desastrosa vida.

Mientras contemplaba a la joven pareja comencé a sentirme muy cansada. Los párpados comenzaron a pesarme y el mundo a desaparecer

mientras el sueño se apoderaba irremediablemente de mí. Apoyé la cabeza en el hombro de Sam y me dejé llevar.

Aparecí en un gran salón rodeada de personas que no conocía de nada. Miré a mi alrededor con curiosidad y observé el ir y venir de mujeres ataviadas con elegantes galas, suntuosas joyas y extravagantes recogidos. Miré hacia abajo examinando mi vestuario y no pude evitar que una leve sonrisa se dibujara en mi cara al contemplar mis viejas zapatillas rosas, a juego con mi camiseta de tirantes y unos pantalones cortos vaqueros. <De lo más apropiado>, pensé.

No estaba segura de qué hacía allí, y mucho menos de si los que estaban a mi alrededor se percataban de mi presencia, pero por si así era decidí buscar un lugar seguro donde poder observar sin ser vista. Elegí situarme tras una cortina de terciopelo blanco que se extendía desde el techo hasta mis pies cubriendo la entrada de lo que parecía un pasillo sin ningún tránsito. Asomada desde aquella cortina, volví a contemplar la escena deteniéndome en los detalles.

Todo era radiantemente blanco, salpicado por exquisitos adornos azules que le daban un toque de lo más invernal. Al fondo había una gran cristalera que escondía unos interminables jardines, iluminados por grandes focos que parecían estar situados en la fachada de la casa. Dentro de la sala, multitud de hombres y mujeres conversaban con actitud contenida y ademanes característicos de las clases sociales más altas. Desde un lugar que no conseguía adivinar provenía una dulce música de piano que envolvía la estancia.

Seguí inspeccionando el lugar hasta que mis curiosos ojos castaños se toparon con la mirada más penetrante que jamás había visto. El corazón me golpeó fuertemente en el pecho y noté como el rubor se apoderaba de mis pálidas mejillas. La fuerza de aquellos ojos verdes me caló tan hondo que logró estremecer cada célula de mi cuerpo.

El dueño de aquella mirada comenzó a levantarse de su asiento y a acercarse peligrosamente hacia mi posición. Se trataba de un joven de no más de treinta años, ataviado con un impecable traje gris claro, camisa blanca y corbata de un verde idéntico al de sus impactantes iris. Parecía ser el único de la fiesta que había reparado en mí. En un gesto involuntario corrí la cortina y me oculté detrás, deseando que no me hubiera visto. Segundos después, el terciopelo se abrió y aquella persona se situó frente a mí, volviendo a correr la cortina tras su paso. Su aroma era tan embriagador que dudé si podría reaccionar a su presencia.

—Rápido, ¿cuál es tu identificador? —se apresuró a preguntar mientras estudiaba cuidadosamente mi rostro con un gesto que no acompañaba a

aquellas palabras.

—Me...me llamo Sarah — logré decir arrugando el entrecejo, sin tener demasiado claro si aquello contestaba a su pregunta.

Le extendí mi mano disimulando como pude el titubeo que se había apoderado de ella. Ante mi asombro, el joven no movió ni un músculo de su cuerpo para devolverme el saludo. Daba la sensación de haberse quedado congelado. Su mirada ni siquiera transmitía la calidez de hacía un momento, ahora denotaba confusión. Comencé a sentirme mareada y a ver cada vez más borroso. Todo a mi alrededor parecía dar vueltas sin compasión a la vez que se oscurecía. Pronto todo fue negro.

—Vamos Sarah despierta, —oí el susurro de una voz que me pareció familiar— es hora de volver a casa dormilona.

Pestañee un par de veces antes de abrir los ojos y ver las brasas de la hoguera que había frente a mí. Reconocí el lugar rápidamente, todavía estaba en la playa, apoyada sobre Sam. Levanté la cabeza y miré a mi amigo que me sonreía. Restregué mis ojos mientras recordaba el sueño que acababa de tener, había sido tan real que tenía la sensación de haber estado en aquel extraño salón blanco junto a aquel hombre tan impresionantemente guapo. Sonreí involuntariamente, consciente de lo que mi imaginación había sido capaz de crear.

Sam me ayudó a ponerme de pie y me acompañó a casa, mientras Ryan y María se quedaron un rato más en la playa eternizando su último fin de semana juntos. Al llegar al porche, Sam miró el reloj y comprobó que acababan de dar las doce.

—¡¡Felicidades!! —gritó elevándome por la cintura y girando sobre sí mismo.

—Gracias. —conseguí decir cuando me depositó en el suelo, ante de que estrechara fuertemente entre sus brazos.

Estuvimos un rato sentados en las escaleras de la entrada, disfrutando de una agradable noche y recordando anécdotas de cumpleaños pasados. Una hora más tarde, mi tía abrió la puerta molesta por el ruido que estábamos haciendo y me invitó a entrar. Despedí a Sam con un cariñoso beso en la mejilla y me adentré en casa.

Cuando estaba en la cama, me puse a pensar en el sueño que tuve en la playa. Nunca había sentido lo que aquel hombre me hizo sentir en los pocos segundos que lo tuve delante. Maldije porque solo fuera una fantasía y me dormí.

Aparecí en el mismo lugar en el que había estado unas horas antes, aunque el escenario había cambiado un poco. El salón blanco permanecía inmaculado. Los adornos azules seguían en su sitio, pero ya no quedaba ningún rastro de la fiesta que apareció en mi último sueño. Aunque no había nadie, miré hacia mi pijama de Gardfield y mis pies descalzos y me avergoncé de andar así por aquel sofisticado lugar, otra vez, pero en esta ocasión decidí que si aquello era mi sueño podría hacer algo por remediar mi aspecto.

Cerré los ojos y pensé en una indumentaria más adecuada. Al abrirlos, mi simpático gato seguía sonriéndome desde la camiseta como si supiera que había sido ridículo el intento. Indignada por no poder controlar el sueño a mi antojo, comencé a andar por la sala hasta llegar a una enorme doble puerta. La abrí poco a poco, asomándome prudentemente y observando lo que había al otro lado. Ante mí se extendía un enorme hall con las mismas tonalidades que el salón que ahora quedaba a mi espalda.

Accedí al vestíbulo, presidido por una majestuosa escalinata que desembocaba en otras dos más pequeñas que se dirigían a lados opuestos. Sus peldaños de mármol, rematados por un borde dorado a juego con la barandilla que la adornaba, me dio una idea del tipo de personas que podían residir allí. Me preguntaba si aquel impresionante caballero de ojos verdes sería el dueño de todo aquello. Inmersa en mis pensamientos, no me percaté de que había alguien más en aquel recibidor.

—Identifíquese señorita, por favor.

Me giré sobresaltada hacia el lugar de donde procedía aquella voz y allí estaba. Todavía vestía aquel impecable traje gris que realzaba, si cabía, su natural belleza. Antes de poder articular una palabra, fui consciente de cómo iba vestida y me sonrojé mientras agachaba la mirada. Al levantar la cabeza aquel joven ya no estaba y yo comenzaba a sentirme mareada. Traté de sentarme en el primer escalón en balde. De repente todo se tornó oscuro y cerré los ojos. Al abrirlos, el sol del día que entraba por la ventana de mi habitación me cegó.